

LA POESÍA MALDITA DE TAREK ODE¹

©Alberto Omar Walls

De Ti, la única amada, imploro la piedad,
Del fondo del abismo oscuro donde yazgo.
Ese fosco universo de plomizo horizonte
Donde boga el horror a la blasfemia unido

"De profundis clamavi", *Las flores del mal*,
Charles Baudelaire

Cuando digo que el texto de [Tarek Ode](#) está más inmerso en el territorio de la poesía maldita que en la del parnaso, me referiré a que el autor, como en el caso de Beaudelaire, se declara en su poesía parecido a un ser en perpetuo sufrimiento, habitante de la destrucción y cercano a la muerte.

El dolor del hombre que habita en el artista Tarek Ode es un sufrimiento nacido de lo vivencial, nunca producto de alguna postura elitista o intelectual, sino expresión auténtica que se deviene en corpóreo, en carnes

¹ *Donde los monos hacen lo que ven*, Tarek Ode, Colección Vid. Ediciones Idea, 2007.

de poema veraz. Tarek nos da a entender con este libro como si nos dijera algo parecido a: escribí eso y... ahí está, no he pretendido más que contarle todo tal y como me salió, sin más pretensiones. Desde esa perspectiva es visceral y, por tanto muy profundo, hecho con la misma tierra y del barro con que han sido concebidos los pies de los hombres que han tragado muy pronto de la vida sus heces y sinsabores.

Desde el sufrimiento, que quizá se libere a través de la poesía, el poeta martillea de continuo la angustia que le suponía reconstruirse o renacer día a día en medio de los demonios que la vida le fabricó. Ahí están para siempre testimoniados tanto la decepción como la traición o el engaño... Y las creencias, que deambulan por los territorios de la hipocresía, la inutilidad del sexo, como esperanza de trascendencia, o las muchas culpas y autocastigos...

Hay una desazón permanente que pasea a su gusto a lo largo del libro, una inquietud sin aparente nombre ni razón. La reconocemos en un llanto continuo, en muchos vómitos de distintas cataduras y connotaciones, en múltiples imprecaciones, en algunas esperanzas y deseos de sanarse.

Y en medio de esa desazón continua, de la extraña inquietud sin nombre, existen las tantas bajadas a los infiernos, tremendas cantidades de desafíos y, desde luego, un ansia medio encubierta de que el tiempo del reloj acabe. Al fin y al cabo, parte del destino o maldición del humano es mantenernos mal sentado a horcajadas

entre el eros y el thanatos, entre la búsqueda de las felicidades y el silencio más nihilista que le acerque a la nada; entre el placer montaña de la eyaculación u orgasmo, y la muerte alcahueta del más allá. Ambos elementos son el silencio de la muerte. Porque hacemos el sexo para experimentar la muerte aún vivos.

No es una poesía para aristócratas de lo bonito y ni siquiera de la palabra bien colocada, aunque tenga algunos momentos de respiro que el poeta nos los regala en sus especies de haikús...

Aunque sabemos que no son arquetípicos haikús, que obligan al esquema de cinco, siete y cinco sílabas. Pero estas pequeñas formas poemáticas contrastan, por su significado placebo, con las otras más largas, en algunos casos versiculares.

Y ahí si hay maldiciones, blasfemias, y un llanto que se alarga lento, pesado y de pelo suave como el aullido de la cría de lobo abandonada y desamparada en la fría soledad de la noche...

Cuando diga *poesía maldita* me referiré a ese mismo bufido profundo del alma que el viejo Arthur Rimbaud, de hace unos ciento treinta y ocho años, vomitara embriagado de ajeno y *hashishen* su terrible poemario *Una temporada en el infierno*. Recordemos parte de lo que escribía el prematuro genio Rimbaud rompiendo todas las normas posibles de la poesía esperada en aquel momento:

Logré que se desvaneciera en mi espíritu toda la esperanza humana. Sobre toda alegría, para

estrangularla, salté como una fiera, sordamente. Llamé a los verdugos para, mientras perecía, morder las culatas de sus fusiles. Llamé a las plagas para ahogarme en la arena, en la sangre. La desgracia fue mi dios. Me tendí en el lodo. Me dejé secar por el aire del crimen. Y le hice muy malas pasadas a la locura. Y la primavera me trajo la horrorosa risa del idiota.

Pero no nos podremos engañar con el poeta que habita en Tarek Ode, porque aunque esté todo aparentemente dicho de manera clara y contundente, hasta brutal, a todo el grupo de los noventa y cuatro poemas le acompaña un deseo permanente de crearse un sonido, un ritmo y una musicalidad. Desde ese encuadre, algunos de ellos podrían ser vistos como poemas para ser cantados. Es un ritmo algo jadeante, avivado por el empuje de la antigua materia vivencial que pulsa en el estomago para vomitarse y, por tanto, aliviar. El poeta no canta a nada ni nadie, quizá a veces a lo ansiado o imaginado, como es el caso de este simple y sutil que me empeño, por oposición, en denominar haikú:

De noche
bajo esa luna
unos ojos.

Todo surge de la necesidad de plasmar la emotiva memoria dolorida de las experiencias. El autor halla una voz que logra expresarse con nitidez, directa, y con valentía. Y en ese recuento poemagógico asume las culpas propias, y las responsabilidades que ha acumulado, en el proceso de vivir, por el sufrimiento que

también ha infringido a los otros. Como siempre, en nuestras caídas, también arrastramos a otros hasta el territorio de las sombras. Y aunque no se halla respuesta o bálsamo para sus demandas, resulta ser en los poemas más pequeños, como el anterior y este otro de la página 120, donde plasma sus deseos más excelsos, quizá sus esperanzas ocultas o sus débiles y sutiles actos de fe frente a la arisca vida:

Mi tristeza
y tú
tan unidas
Que a veces, o diría siempre
vamos de la mano

O el de la página siguiente:

**Hay un lugar llamado felicidad donde
nunca estaré**
pero espero que allí crezcas
Hijo mío

Es posible que este último parezca tan desesperanzado como los versiculares, pero no es así. Entiendo que el poeta tenga esos atisbos de trascenderse a través de una nueva criatura, un niño, un hijo, y eso lo situará en un territorio donde se plantea la posibilidad de la redención, aunque sea aquella muy parecida a la que él mismo denuncia en *Donde los monos hacen lo que ven...*, y aunque tiempo antes haya ahorcado a destajo, y por puro placer sexual, orgásmico, a muchos *niños de nieve que cada anochecer en el prado mueren sin prisas*.

La información que suministra es absoluta, simple, directa, pero al estar cargada de emotividad, se nos ofrece

el continuo de la lectura cada vez más lacerante... más sangrante.

En este libro no hay escapatoria, salvo que se acepte la demencia, la esquizotimia de estar y saberse vivo. En cada poema el poeta aparece en todo momento clarividente, sabe lo que le ocurre a la voz que expresa las emociones y lo asume en su conjunto: Se culpa, se castiga, paga lo que haya que pagar, con dolor y sufrimiento y, como es lógico, tendrá que hacer sufrir también para que la cadena continúe. Luego se apartará al territorio del frío, de la guitarra y la música íntima, o los productos que le crean los ensueños. Pero, acertando o equivocándose, en cada momento que haya sido recordado en forma de poema hay una postura distanciada con la que se intenta situar las cosas en su sitio y a cada uno en su lugar.

Con acritud, pero sin embustes. Y claro está que hay llanto, de ahí la extrema sensibilidad que lo hierde con herida siempre abierta; pero no hay lamentaciones, salvo la de no poderse volver a voluntad al seno materno donde la tibieza y la seguridad lo mantendrían incólume, bien resguardado.

Todos los poemas evocan una experiencia concreta para el poeta que bajó y vivió en los infiernos: sea una experiencia social o religiosa, moral o sexual, de pánico o de frustraciones, de alucinógenos o miedos cotidianos, de soledades en otras geografías o de la dulce María añorada, de ser habitante de la ancha tierra o vagabundo de sus correrías en el ajeno mundo. Los títulos tampoco se escogen al desgaire, sino a propósito, porque debemos

recordar que todo en el arte tiene un significado, una intencionalidad, y ese aspecto lo comprobamos tanto en el propio título, *Donde los monos hacen lo que ven*, como en cualquiera de sus títulos: *Soy infeliz desde el día de mi nacimiento; Sombra el perro muerto en el arcén; Tengo que crecer, hacerme grande para otros; Le dieron un nombre, un arma; Eres la princesa que decapita la noche en el andén silencio; Cerca de la iglesia, donde los curas ladran a las estatuas; Cuando las piedras duerman y la luna ladre...*

Tiene el libro mucha fortaleza y una increíble reciedumbre. Por otro lado nos expresa gran practicidad, y una extrañísima capacidad de *ave fénix*, la de saber caer a los infiernos y poder levantarse. Esa actitud me hace recordar tanto al viejo-joven Rimbaud como al también grande, versicular, tierno y lejano What Whitman...

Y, como ellos, nuestro poeta Tarek Ode, hecho piel herida en medio de este tremendo libro de poemas, no le hace concesiones a la mentira. Puede que en algunas de las acusaciones se equivoque, pero no miente. Desde esa perspectiva ha pasado de lo visceral humano, o personal, a lo atávico, a hacer de este poemario un instrumento que catalice los dolores, gritos o cánticos de otros seres que también en el mundo, como él, han sufrido, sufren o sufrirán.

Tarek Ode fotógrafo, cineasta, poeta y... hondamente humano. Un artista de cuerpo entero.